

EL ESCALPELO DE OCCAM

THEODORE STURGEON

I

Joe Trilling tenía una curiosa forma de ganarse la vida. Era una buena forma de vivir pero, desde luego, no ganaba tanto como habría ganado de vivir en la ciudad. De hecho, vivía en las montañas, a casi un kilómetro de distancia de una pintoresca aldea, rodeado de aire puro y bosques de pinos y abedules además de abundante laurel silvestre, y era su propio jefe. No había mucha competencia en lo que hacía; tenía a la mujer y a los niños con él y más pedidos de los que podía servir. Era uno de esos tipos noctámbulos, y cuando la familia se iba a la cama se ponía a trabajar silenciosa e ininterrumpidamente. Era feliz como una almeja.

Una noche —una mañana muy temprano, en realidad— le interrumpieron. *Toc-toc, toc, toc.* Golpes en la ventana, dos cortos, dos largos. Se quedó inmóvil, y se volvió, pues conocía esa llamada. No la había oído desde hacía años pero, desde que nació, había sido parte de su vida. Vio la cara que había fuera y llenó los pulmones para lanzar una exclamación que habría despertado a los bomberos de la aldea cercana pero, entonces, vio el dedo en los labios y soltó el aire. El dedo hizo una seña y Joe Trilling se volvió de nuevo, apagó un fuego, leyó un indicador, hizo una anotación, accionó un interruptor y, alegre pero silenciosamente, se precipitó hacia la puerta. Se deslizó fuera, cerró con cuidado y buscó en la oscuridad.

—¿Karl?

—Sshh.

Allí estaba, al borde del bosque. Joe Trilling fue hasta él y, cuchicheando porque Karl se lo había pedido, se golpearon, se maldijeron y se dedicaron los más obscenos insultos. No sería fácil explicarle esto a un ser extraterrestre; no se trata de algo forzosamente humano. Es algo cultural. Significa necesito tocarte, significa te quiero; pero eran hombres y eran hermanos, así que se golpeaban mutuamente brazos y espaldas y se profirieron insultos y juramentos despreciables, hasta que, finalmente, ni siquiera esas palabras bastaron y permanecieron en las sombras, sujetándose por los bíceps, sonriendo y taladrándose mutuamente con la mirada. Luego, Karl Trilling movió a un lado la cabeza indicando la carretera y se alejaron de la casa.

—No quiero que Hazel nos oiga —dijo Karl—. No quiero que ni ella ni nadie sepan que he estado aquí. ¿Cómo está?

—Preciosa. ¿Ni siquiera vas a verla? ¿Ni a los niños?

—Sí, pero no en este viaje. Ahí está el coche. Podremos hablar dentro. Ese bastardo me da miedo de verdad.

—Ah —dijo Joe—. ¿Cómo está el gran hombre?

—Muy mal —dijo Karl—. Pero hablamos de dos bastardos diferentes. El gran hombre sólo es el hombre más rico del mundo, y no me da miedo, y menos ahora. Hablo de Cleveland Wheeler.

—¿Quién es Cleveland Wheeler?

—Es de alquiler —dijo Karl, tras entrar al coche—. De hecho, es el segundo que alquilo. Cuando dejé el avión de la empresa fui a una compañía de alquiler y contraté uno, y luego éste. Estoy razonablemente seguro que no tiene micrófonos. Éste es un modo de responder a tu pregunta de quién es Cleve Wheeler. Otro modo sería decir el hombre en la sombra. El heredero. Genio polifacético. Tiburón asesino.

—El heredero —dijo Joe, reaccionando a la única parte que tenía algún sentido—. ¿El viejo la está palmando?

—Oficialmente, y es un secreto oficial: tiene cuatro de hemoglobina. ¿Te dice algo, doctor?

—Por supuesto, doctor. Anemia perniciosa, si son ciertos los rumores que he oído. El hombre más rico del mundo está muriéndose de hambre.

—Y de vejez, y de terquedad, y de obsesión. ¿Quieres saber algo de Wheeler?

—Cuenta.

—Don Afortunado. Nació con todo. Perfil griego. Músculos a lo Miguel Ángel. Descubierta a temprana edad por un perspicaz director de escuela primaria, fue enviado a una escuela privada; solía ir todas las mañanas directamente a la sala de profesores para comentar lo que había estado leyendo o pensando. Entonces designaban a un profesor para que trabajase con él o saliese con él o lo que fuese. A los doce años estaba en el Instituto, y camino de la universidad. Baloncesto, rugby, buceo de profundidad (máxima calificación para cada uno), y sí, se graduó en tres años, *summa cum*. Leía todos los libros de texto al principio del curso, no volvía a abrirlos de nuevo. Más que nada, estaba acostumbrado al éxito. Pasó lo mismo en la universidad: cumplió los dieciséis en el primer semestre, se limitó a asimilarlo todo. Muy popular. Por supuesto, se graduó con lo máximo.

Joe Trilling, que se había esforzado durante todo el instituto y la facultad de medicina cual estibador de puerto, gruñó con envidia.

—He conocido uno o dos así. Maravillan a todo el mundo, nadie se da cuenta de lo fácil que les resulta.

Karl negó con la cabeza.

—No fue exactamente así en el caso de Wheeler. Si algo le resultó fácil, se debió a la naturaleza de su equipo. Era como un coche de cuatrocientos caballos circulando en un tráfico para sesenta caballos. Cuando necesitaba sus músculos, los usaba, quiero decir que los ponía de verdad en acción. Un tipo de lo más voluntarioso. Bueno, pues tuvo trabajos entre los que optar, qué diablos, tuvo carreras entre las que optar. Entró en una compañía de arquitectura que pudo utilizar sus matemáticas, talento administrativo, presencia, conocimiento de los materiales y del arte. Ascendió rápidamente hasta la cima, le hicieron socio. Mientras tanto concluyó el doctorado. Hizo una boda extremadamente buena.

—Don Afortunado.

—Sí, Don Afortunado. Mira. Wheeler se convirtió en socio de la compañía, cumplía con su trabajo y dominaba el tema, o todo lo que podía aprender o comprender de él. Pero el aprender y comprender no bastaban para hacer frente a ciertas cosas como la avaricia o la estupidez inesperada, a los accidentes o la pura mala suerte. Dos de los otros socios participaron en un negocio con el que no voy a cansarte ahora, una urbanización de apartamentos de lujo edificada en el lugar erróneo para inquilinos erróneos y en terrenos adquiridos de forma errónea. Wheeler lo vio venir, les convocó y habló con ellos. Ellos dijeron «sí-sí», y siguieron adelante a pesar de todo e hicieron lo que quisieron; algo que a Wheeler no se le ocurrió ni remotamente. La única cosa que una gran capacidad, una moral recta y una buena educación no te proporcionan es el fin de la inocencia. Y Cleve Wheeler era un inocente.

»Bueno, pues el desastre vaticinado por Cleve sucedió, pero peor de lo previsto. Cuando salen a la superficie cosas así, lo hacen poniendo al descubierto otras muchas corrupciones encubiertas. La firma se hundió. Cleve Wheeler no había fracasado nunca en su vida. Era la única cosa en la que carecía de práctica para encarar. Cualquier persona con la más rudimentaria de las inteligencias se habría dado cuenta que era el momento de largarse, de abandonar, incluso. De reducir las pérdidas. Pero no creo que ni se le pasara por la cabeza.

Karl Trilling se echó a reír de repente.

—En una de las novelas de Philp Wylie hay una descripción escalofriante de un incendio forestal y de cómo huyen despavoridos los animales; zorros y conejos corriendo hombro a hombro, búhos volando de día para adelantarse a las llamas. Y hay un escarabajo arrastrándose torpemente por el suelo. El escarabajo llega a una zona quemada, al borde de esas ocho hectáreas de infierno. Se detiene, mueve las antenas, gira hacia un lado y empieza a caminar alrededor del fuego. —Volvió a reírse—. Eso es lo que tenía de especial Cleve Wheeler bajo esos músculos, cerebro y brillantez, ¿sabes? Si fuera un escarabajo y tuviese que hacerlo, no daría media vuelta ni se rendiría. Si lo único que pudiese hacer fuese rodearlo, empezaría a caminar.

—¿Y qué pasó?—preguntó Joe.

—Que aguantó. Utilizó todo lo que tenía. Utilizó su cabeza, su personalidad, su reputación y todos sus bienes mundanos. También pidió prestado e hizo promesas, y trabajó. ¡Oh, cómo trabajó! Bueno, así pues, mantuvo la empresa. La limpió por completo de la corrupción y lo rehizo todo desde dentro, esta vez de forma sólida y limpia. Pero le costó.

»Le costó tiempo, todas las horas del día exceptuando las cuatro o algo así que empleaba en dormir. Y justo cuando lo había allanado todo e iba a ponerlo en marcha, le costó su mujer.

—Dijiste que había hecho una excelente boda.

—La boda que hace uno cuando es un joven que está en la cima del mundo y va subiendo cada vez más alto. Supongo que era una chica bastante agradable, pero estaba tan acostumbrada al fracaso como él. Pero él podía rodearlo. Podía alquilar una habitación y viajar en autobús. Ella no sabía cómo hacerlo y, por supuesto, siempre hay algún que otro pretendiente rechazado entre bastidores.

—¿Cómo se lo tomó?

—Mal. Se había casado de la misma manera que jugaba al fútbol o se examinaba, con todo su ser. Le afectó. Supongo que todas estas cosas le habían afectado, pero esto fue la gota que colmó el vaso.

»No dejó que eso le detuviera. No dejó que nada le detuviera. Siguió adelante hasta pagar todas las facturas, hasta el último centavo. Intereses incluidos. Continuó hasta que la empresa volvió a valer lo que valía antes que sus ex socios empezaran a comerse los beneficios. Y entonces la regaló. ¡La regaló! Vendió por nada todos los derechos y títulos que tenía a su nombre.

—Al final se rindió, ¿eh?

Karl Trilling miró despectivamente a su hermano.

—Rendirse. Es cuestión de matices, ¿no? La meta de Cleve Wheeler era cero, ¿entiendes? ¿Qué es el éxito? ¿No es decidir lo que se va a hacer y, entonces, seguir en ello hasta el final?

—En ese caso —dijo su hermano con calma—, el suicidio es un éxito.

Karl le dedicó una mirada larga y penetrante.

—Exacto —dijo, y pensó un momento en ello.

—De todas formas, ¿por qué cero? —preguntó Joe.

—Investigué mucho sobre Cleve Wheeler, pero no pude meterme dentro de su cabeza. No lo sé. Aunque puedo suponerlo. Tenía la intención de no deberle nada a nadie. No sé lo que sentía por la compañía que salvó, pero puedo imaginármelo. El hombre en que se convirtió, en que se estaba convirtiendo, no quería deber una maldita cosa. Yo diría que sólo quería largarse, pero bajo sus propios términos, entre los que se incluía no dejar atrás nada que pudiese influir en él.

—De acuerdo —dijo Joe.

Karl Trilling pensó: «Lo bueno del viejo Joe es que sabe esperar. Todos estos años sin vernos, con apenas otra comunicación que no fuese una postal en cada cumpleaños (y a veces ni eso) y aquí está, como si nos viéramos todos los días. Yo no estaría aquí si no fuese importante; no le estaría contando todo esto a no ser que él necesitase saberlo; no necesitaría todo esto a menos que fuese a ayudarme. Todo esto sin decirlo. No tengo que pedirle ni una condenada cosa. ¿Qué estoy interrumpiendo en su vida? ¿Qué voy a interrumpir? No tengo que preocuparme de nada de eso. Ya se ocupará él.»

—Me alegro de haber venido, Joe.

—Eso está bien —dijo Joe, que significaba todas las cosas en las que Karl había estado pensando.

Karl sonrió, le dio un golpe en el hombro y continuó hablando.

—Wheeler desapareció del mapa. No resulta fácil seguirle la pista durante esa época. Aparecía de repente en cualquier sitio. Durante ese tiempo vivió al menos en tres barrios, quizá en más, pero los tres estaban hechos un asco cuando llegó él y eran modelos cuando se marchó. Estableció negocios; todos ellos de una manera distinta a como se había hecho anteriormente, como un supermercado sin anaqueles, ni música enlatada, ni juegos o cupones, sólo con ordenadas pilas de cajas abiertas de las que el cliente tomaba todo lo que quería. Con un rotulador que colgaba de una cuerda, el mismo cliente lo marcaba como indicaba una tarjeta pegada a la caja. Huevos, carne, pescado congelado y cosas así, y todos los productos estaban tasados a un dos por ciento exacto sobre los precios al por mayor. La gente era honrada porque nunca podía estar segura que en el mostrador de verificación de la salida no se supiesen los precios de todo; además, engañar en los precios listados hubiera resultado sencillamente

embarazoso. Como sólo necesitaba un gran almacén para la mercancía y carecía de empleados que gastasen miles de horas de tiempo marcando uno a uno todos los artículos, los precios mejoraban los de cualquier otra casa de descuento habida o por haber. También vendió esto y se trasladó. Creó una línea de comida infantil sin preservantes, la puso en franquicia y volvió a trasladarse. Descubrió un envase de plástico que ardería sin contaminar, lo patentó y vendió la patente.

—Oí hablar de eso, pero aún no lo he visto por ninguna parte.

—Quizá lo veas —dijo Karl con cautela—, quizá lo veas. De todas formas, tenía un gestor en Pasadena que se encargaba de los detalles, y él, simplemente, se limitaba a dedicarse por completo a su trabajo. Nunca oí que fracasara en nada de lo que emprendiese.

—Parece una nueva edición del gran hombre en persona, tu honorable jefe.

—No eres el único que se ha dado cuenta de eso. El jefe puede no ser muy brillante en muchos aspectos, pero nadie le criticó nunca su habilidad para los negocios. Siempre ha tenido los tentáculos a la búsqueda de esa clase de personal especial que anda perdido por ahí. Probablemente le tenía echado el ojo a Cleveland Wheeler desde hacía años. No me extrañaría que le hubiera hecho alguna oferta de cuando en cuando, pero durante la época en que Wheeler no estaba dispuesto a trabajar para algo tan grande. Siempre había llevado las cosas a su manera, y eso es algo que no haces con un imperio ya institucionalizado.

—Herederero evidente —dijo Joe, recordándole algo que dijo antes.

—Exactamente —asintió Karl—. Sabía que captarías la idea antes que terminase.

—Pero termina —dijo Joe.

—Está bien. Lo que voy a contarte ahora, sólo quiero que lo sepas, no espero que entiendas lo que significa ni lo que le ha hecho a Cleve Wheeler. Necesito que me ayudes, y no podrás ayudarme a menos que conozcas toda la historia.

—Dispara.

Karl Trilling disparó:

—Wheeler conoció una chica. Se llamaba Clara Prieta y su familia procedía de Sonora. Era lista como el diablo..., creo que a su manera tanto como Cleve, aunque con la décima parte de su formación..., e igual de bonita, y quería a Cleve, y no a lo que él podía proporcionarle. Estuvo a su lado cuando él no tenía nada, cuando él nada quería. El uno para el otro eran la alegría de cada día, la de cada hora. Debió ser por la época en que montaba estos negocios y demás, cuando volvía a hacer algo. Compró una casa y un coche. Compró dos coches, uno para ella. No creo que ella lo quisiese, pero a él no le bastaba; siempre buscaba algo con que agradarle. Una noche, salieron de casa de algún amigo; ella acababa de estar de compras, él, en lo que fuera en que trabajase entonces, así que los dos tenían coche. Él la siguió en el camino de vuelta a casa, y pudo contemplar cómo perdía el control y volcaba. Murió en sus brazos.

—¡Jesús!

—Don Afortunado. Escucha ahora: una semana más tarde, al doblar una esquina en el centro de la ciudad, se dio de bruces con el atraco a un banco. Una bala perdida le alcanzó y le arañó la nuca.

Estuvo siete meses inmovilizado y pensando en cosas. Cuando salió, le dijeron que su administrador se había quedado con todo y largado al sur con su secretaria.

—¿Qué es lo que hizo?

—Se puso a trabajar y pagó la cuenta del hospital.

Permanecieron sentados largo tiempo en la oscuridad del coche, hasta que Joe dijo:

—¿Estuvo paralizado, en el hospital?

—Durante más de cinco meses.

—Me pregunto en qué pensaba.

—Puedo imaginar en qué pensó —dijo Karl Trilling—. Lo que no puedo imaginar es qué decidió. Qué conclusión sacó. Qué decidió ser. Maldita sea, no hay palabras adecuadas. Todos hacemos lo que podemos con lo que tenemos, o lo intentamos. O deberíamos intentarlo. Él lo hizo, y con la mejor materia prima posible. Jugó siguiendo las normas; trabajo duro; fue honrado, legal y justo; fue capaz; fue brillante. Salió del hospital con esas dos cualidades intactas. Sólo Dios sabe lo que le pasó al resto.

—Así que fue a trabajar para el viejo.

—Sí, y, no sé por qué, pero eso me da miedo. Es como si todas sus cualidades no bastasen para que los dos congeniaran hasta que no le pasaron todas esas cosas, hasta que no le convirtieron en lo que es.

—Y, ¿qué es lo que es?

—No hay respuesta corta a eso, Joe. El viejo se ha convertido en un mito moderno. Nadie le ve nunca. Nadie puede predecir lo que va a hacer o por qué. Cleve Wheeler entró en su sombra y desapareció casi tan completamente como el jefe. Puedes afirmar muy pocas cosas con certeza. El jefe siempre ha sido un recluso, y, en los diez años que lleva con él, Cleve Wheeler ha acabado convirtiéndose en otro más o menos igual. Los negocios siguen igual con él, claro, lo que implica una inusualidad constante, largos períodos de silencio, seguidos de esos otros espectaculares e inesperados de viajes y negocios. Supón que el viejo planea esos negocios y que algún genio todopoderoso de su plana mayor se encarga de hacerlos realidad. Claro que también puede ser que dicho genio fuera el instigador de las negociaciones. ¿Quién puede saberlo? Sólo la gente que está más próxima a él: Wheeler, Epstein, yo. Y yo no lo sé.

—Pero Epstein ha muerto.

Karl Trilling asintió en la oscuridad.

—Epstein murió. Lo que nos deja sólo a Wheeler para velar la tienda. Yo soy el médico personal del viejo, no el de Wheeler, y no hay garantías para que vaya a serlo de Wheeler.

Joe Trilling volvió a cruzar las piernas y se arrellanó en el asiento, mirando la susurrante oscuridad.

—Esto empieza a tomar forma —murmuró—. El viejo está casi fuera, tú muy bien podrías estarlo y no queda nadie para ocupar su puesto a excepción de este Wheeler.

—Sí, y no sé ni lo que él es ni lo que va a hacer. Sé que tendrá más poder que cualquier otro ser humano del planeta, tendrá tanto que estará muy por encima de cualquier clase de ambición que podamos imaginarnos; ni tú ni yo podemos pensar en esos términos de magnitud. Y ya ves, es un hombre que, podemos decir, ha comprobado en sí mismo que ser bueno, inteligente, firme y honrado no da exactamente buen resultado. ¿Hacia dónde se encaminará con eso encima? Y, si partimos de la hipótesis que últimamente ha tomado más y más decisiones, y extrapolando a partir de aquí; ¿hacia dónde se dirige? De lo único que podemos estar seguros es que tendrá éxito en todo lo que emprenda. Es un hábito en él.

—¿Qué es lo que quiere? ¿No es eso lo que intentas adivinar? ¿Qué puede querer un hombre así, si sabe que puede conseguirlo?

—Sabía que había venido al lugar apropiado —dijo Karl casi con alegría—. Eso es exactamente. En cuanto a mí, tengo todo cuanto necesito y hay muchos sitios a los que podría ir. Me gustaría que Epstein aún estuviese aquí, pero está muerto y cremado.

—¿Cremado?

—Así es. No podías saberlo. Instrucciones del viejo. Me encargué yo mismo. Estoy seguro que habrás oído de piscinas privadas con agua fría y caliente, pero seguro que nunca has oído nada de alguien con un horno crematorio privado en el segundo sótano.

Joe alzó las manos.

—Supongo que puedes tener todo lo que quieras si te metes la mano en el bolsillo y sacas dos mil millones de dólares de verdad. Por cierto, ¿es legal?

—Tú lo has dicho; si tienes dos mil millones de dólares. De hecho, el forense del condado estuvo presente y firmó los papeles. Y también estará cuando el viejo se marche. Todo está indicado en sus instrucciones finales. Eh, un momento, no quiero que pienses mal del forense. No estaba comprado. Hizo un examen muy competente de Epstein.

—Muy bien. Ya sabemos qué esperar cuando llegue el momento. Es el después lo que te preocupa.

—Exacto. ¿Qué es lo que ha hecho el viejo, y me refiero al actual conglomerado viejo, durante todo este tiempo? ¿Qué es lo que ha hecho durante los últimos diez años, desde que entró Wheeler, y en qué se diferencia de lo que hizo antes? Y, ¿cuánta de esta diferencia, si es que hay alguna, se debe a Wheeler y no al jefe? Tenemos que seguir con eso, Joe, y, a partir de ahí, extrapolar lo que va a hacer Wheeler con el mayor poder económico privado que ha conocido el mundo.

—Hablemos de ello —dijo Joe, empezando a sonreír.

Karl Trilling conocía los síntomas, así que también empezó a sonreír un poco.

Y hablaron de ello.

II

El horno crematorio del segundo sótano era puramente funcional, como si toda concesión al sentimiento y a la ceremonia se hubiese hecho en alguna otra parte, o hubiese sido suprimida. Esto último describe con más exactitud lo que sucedió cuando, finalmente, murió el viejo. Todo se llevó a cabo cumpliendo con meticulosidad sus instrucciones, inmediatamente después que se certificara la muerte y antes de hacerse pública notificación alguna, sin dilación y teniendo en cuenta el momento en que se abrió la cuadrada boca del horno con un sonoro ruido metálico, una bocanada de calor y una llamarada de luz, de ese color que los herreros de antaño llamaban color paja. El sencillo ataúd se deslizó rápidamente al interior, pequeñas llamaradas nacieron por sus esquinas, y la puerta se cerró de golpe. Llevó un momento para que los ojos se acostumbraran a la habitación desnuda, a los grasientos carriles vacíos, a la puerta cerrada. El mismo momento que los acondicionadores tardaron en barrer por completo el repentino olor a pino tierno chamuscado.

El forense se inclinó sobre la mesita y firmó por duplicado. Karl Trilling y Cleveland Wheeler hicieron lo mismo. El forense arrancó las copias, las dobló y las guardó en el bolsillo de la chaqueta. Miró la puerta metálica cerrada, abrió la boca, la volvió a cerrar y se encogió de hombros. Extendió la mano.

—Buenas noches, doctor.

—Buenas noches, doctor. Rugosi está fuera. Él le indicará la salida.

El forense estrechó en silencio la mano de Cleveland Wheeler y se marchó.

—Sé cómo se siente —dijo Karl—. Debimos haber dicho algo. Algo memorable, es el fin de una era. Algo tipo «un pequeño paso para el hombre...»

Cleveland Wheeler mostró su resplandeciente sonrisa de héroe de la universidad; quince años más tarde era un poco menos amplia, un poco menos franca, mucho menos en los ojos. Habló con su voz de mando, la que usaba para todo.

—Si piensa que está citando las primeras palabras de un astronauta en la Luna, se equivoca. Lo primero que dijo desde la escalerilla, cuando tanteaba con la bota en el suelo fue: «Es una sustancia blanda, puedo revolverla con el pie». Eso siempre me ha gustado mucho más. Era real, no estaba ensayado o memorizado o pensado y tenía que ver con ese momento y con el siguiente. El forense le dio las buenas noches y usted le contestó que el chofer esperaba fuera. Prefiero eso a cualquier otra cosa que hubiera podido decir. Creo que a él también le hubiera gustado —añadió Wheeler con un despectivo gesto del mentón hacia la puerta caliente y negra.

—Pero él no era estrictamente humano.

—Eso dicen.

Wheeler sonrió y Karl, pese a haber apartado el rostro, se sintió incómodo. La habitación pasó a un segundo plano: lo próximo que Wheeler iba a hacer, y lo siguiente y lo de después, haciéndose más y más real que el aquí y el ahora.

Karl le puso un final rápido a esto.

—Quise decir exactamente lo que dije, Wheeler —dijo sin inflexiones.

No debieron ser las palabras, que por sí solas sólo habrían conseguido otra media sonrisa y un olvido. Fue el tono, y, quizá, el «Wheeler». Hay un ritual en estas cosas. Era Cleve para los pocos de su mismo nivel y para los del nivel inmediatamente inferior. Por debajo de ahí era señor en la cara y Wheeler a sus espaldas. Ninguno de sus iguales le llamaría señor a menos que fuera preludiando un insulto, ninguno de sus iguales o inmediatos subordinados le llamaría Wheeler en ningún caso, jamás. Fuere cual fuese la causa, hizo que Wheeler retirase la mano del pomo de la puerta y se volviera. Su rostro estaba alerta e interesado.

—Será mejor que me diga lo que quiere decir, doctor.

—Haré algo mejor que eso. Venga.

Sin gesto, indicación o explicación alguna, se dirigió hacia el fondo, a la izquierda de la habitación, dejando a Wheeler la decisión de seguirle o no. Wheeler le siguió.

Karl se volvió hacia él, ya en el rincón.

—Si alguna vez dice algo de esto a alguien, incluyéndome a mí, cuando salgamos de aquí, me limitaré a negarlo. Si alguna vez vuelve a entrar aquí, no encontrará nada que confirme su historia.

Extrajo del cinturón una complicada hoja de acero inoxidable y la deslizó entre los bloques de pared. Los bloques del rincón empezaron a moverse en sentido ascendente, silenciosa, pesadamente. Viéndolos a la débil luz del estrecho pasillo que dejaron al descubierto, cualquiera podía darse cuenta que eran bloques de piedra auténticos, y que sería un proyecto a largo plazo el atravesarlos sin esa llave y el dato exacto de dónde introducirla.

Karl volvió a moverse sin mirar a su alrededor, dejando que fuera Wheeler quien decidiera si seguir o no. Wheeler siguió. Karl oyó sus pasos detrás de sí y notó con placer, y algo así como admiración, que, cuando los pesados bloques descendieron asentándose sólidamente a su espalda, quizá Wheeler mirara por encima de su hombro, pero no se detuvo.

—Habría observado que estamos recorriendo la longitud del horno —dijo Karl, como si fuera un guía turístico de autocar—. Y, ahora, estamos detrás de él.

Se hizo a un lado para que Wheeler pasase y viera la pequeña habitación.

Era de la amplitud justa para que cupieran los rieles que sobresalían de la parte trasera del horno, así como un pequeño espacio para permanecer en pie a cada lado. Al fondo, había una mesa pequeña con un maletín negro encima de ella. Sobre los rieles estaba el ataúd, con las esquinas carbonizadas y la tapa y los laterales húmedos y ligeramente humeantes.

—Lamento haber cerrado de ese modo la puerta de piedra —dijo Karl, prosaico—. No creo que vaya a bajar nadie, pero no quiero tener que explicarle esto a otra persona que no sea usted.

Wheeler miraba fijamente el ataúd. Parecía tranquilo, pero no era más que apariencia. Karl se daba cuenta de cuánto le costaba mantenerse así.

—Me gustaría que me lo explicara —dijo Wheeler.

Y se echó a reír. Era la primera vez que Karl veía a este hombre hacer algo mal.

—Lo haré. Lo estoy haciendo.

Abrió la maleta con un clic y la dejó reposar sobre la mesa. Dentro había un centelleo de cromo y acero y frascos diminutos en pequeños estuches. La primera herramienta que sacó fue un destornillador.

—Para la cremación no hace falta usar tornillos —dijo animadamente, y situó la punta bajo una esquina de la tapa. Golpeó el mango con la palma de la mano y la tapa saltó sin resistencia—. Ponga esto contra la pared, ¿quiere?

Cleveland Wheeler hizo lo que se le dijo en silencio. Le dio algo que hacer con los músculos, la posibilidad de volver la cabeza por un instante, la posibilidad de pensar, y, le dio a Karl la oportunidad de echar un vistazo rápido a su rostro tranquilo.

«Es digno de encomio —pensó Karl—. Admirable de verdad.»

Wheeler levantó la tapa limpia y cuidadosamente y se quedaron mirando el interior del ataúd, uno a cada lado.

—E..., está mucho más viejo —dijo Wheeler por fin.

—¿No le ha visto recientemente?

—Alguna que otra vez —dijo el ejecutivo—. El mes pasado he estado más tiempo junto a él que en los últimos ocho o nueve años. Pero seguía siendo cuestión de minutos cada vez.

Karl asintió comprensivamente con la cabeza.

—Eso me han dicho, llamadas telefónicas a cualquier hora del día o de la noche y, luego, esos largos silencios de dos o tres días, sin llamadas, sin que nadie...

—¿Me va a contar lo de la caldera falsa?

—¿Caldera? ¿Horno? No es nada falsa. Cuando hayamos acabado con esto, cumplirá a la perfección con su cometido.

—¿A qué viene entonces todo este teatro?

—Para el forense. Esos papeles que firmó están ahora en una especie de limbo. Cuando volvamos a meter esto dentro y encendamos el fuego, se volverán tan legales como él cree que lo son.

—Entonces, ¿por qué?

—Porque hay algunas cosas que usted debe saber.

Karl metió el brazo en el ataúd y separó las retorcidas manos. Se desunieron renuentes, y las colocó a ambos lados del cuerpo. Desabotonó la chaqueta, la echó hacia atrás, hizo lo mismo con la camisa y bajó la cremallera de los pantalones. Una vez hecho esto, alzó la vista y encontró la penetrante mirada de Wheeler, fija no en el cadáver sino en él.

—Tengo la sensación —dijo Cleveland Wheeler— que nunca le he visto a usted antes.

«Pero lo haces ahora», respondió en silencio Karl Trilling. Y «gracias, Joey, tenías toda la razón». Joe supo la respuesta a ese preocupante problema: «¿Cómo deberé comportarme yo?».

«Habla exactamente igual a como lo hace él —respondió Joe—. Sé todo el tiempo como es él...»

Sé lo que es él. Un hombre sin ilusiones (no dan resultado) y sin esperanza (¿quién la necesita?), que tiene el inalterable hábito del éxito. Alguien que puede decir que hace un bonito día de tal manera que todo el mundo a su alrededor le prestará atención y exclamará a continuación: «¡Sí, señor!».

—Ha estado usted muy ocupado —respondió Karl con brusquedad.

Se quitó la chaqueta, la dobló y la puso sobre la mesa junto al equipo de herramientas. Se calzó unos guantes de cirujano y alargó la esterilizada mano hacia un escalpelo.

—Hay gente que chilla y se desmaya la primera vez que presencia una disección.

Wheeler sonrió débilmente.

—Yo no chillo ni me desmayo.

Pero a Karl Trilling no se le escapó que sólo entonces, en el último momento posible, fue cuando Wheeler miró de verdad el cuerpo del viejo. Cuando lo hizo, ni chilló ni se desmayó; sólo profirió un gruñido de asombro.

—Supuse que se sorprendería —dijo Karl con calma—. Por si se lo está preguntando, le diré que era un macho. La especie parece ser ovípara. También es mamífera, pero tiene que ser ovípara. La verdad es que me gustaría echarle un vistazo a una hembra. Eso no es una vagina. Es una cloaca.

—Hasta este momento —dijo Wheeler con voz en trance—, creía que su observación de «no humano» era en sentido figurado.

—No. Eso no es verdad —respondió Karl bruscamente.

Dejó las palabras pendiendo en el aire, como quedan cuando un orador tiene talento para aislarlas con cuñas de silencio, e hizo un hábil corte en el cadáver, que se extendió desde el esternón a la sínfisis púbica. Éste siempre es el momento más difícil para el espectador primerizo, resulta duro no comprender visceralmente que el cuerpo muerto nada siente y no puede protestar. Atento a Wheeler, Karl esperaba un grito sofocado o un estremecimiento, pero éste se limitó a contener la respiración.

—Supongo que nos podríamos pasar horas, semanas, entrando en detalles —dijo Karl, mientras hacía una diestra incisión transversal en el área ensiforme, casi rodeando los trapecios de cada lado—, pero esto es lo que quería que viese.

Tomó la carne por la juntura de la cruz que había cortado, por el lado izquierdo, y dio un tirón hacia arriba y hacia la izquierda. Las capas cutáneas se desprendieron con facilidad, junto a la grasa que había bajo ellas. No eran rosáceas, sino de un timbre blancuzco color espliego. Las fibras estriadas de los músculos de las costillas quedaban ahora a la vista.

—Si usted hubiera palpado el tórax del viejo —dijo, mostrándolo del lado derecho— habría tocado lo que parecían ser costillas humanas normales. Pero, mire esto.

Separó las fibras musculares del hueso, con hábiles cortes, en un área intercostal de unos diez centímetros cuadrados, y raspó. Apareció una costilla y, cuando ensanchó el área y raspó entre ésta y la siguiente, se vio claro que estaban unidas por una tenue capa flexible de hueso o quitina.

—Es como ballena, como una barba de ballena —dijo Karl—. ¿Ve esto?

Seccionó completamente un trozo, lo dobló.

—Dios mío.

III

—Fíjese ahora en esto.

Karl tomó unas tijeras quirúrgicas del equipo, las cerró con un chasquido a lo largo del esternón, llevándolas hasta la clavícula y, luego, de una parte a otra, bordeando la parte inferior de las costillas. Introdujo los dedos por debajo y tiró hacia arriba. La caja torácica al completo se abrió con un crujido opaco, como si fuera una puerta, descubriendo el pulmón.

El pulmón no era rojizo, ni del color hepato-pardusco-negro de un fumador, sino amarillo, el amarillo límpido y vivo del azufre puro.

—Su metabolismo —dijo Karl enderezándose, al fin, y liberando la tensión de la espalda— es fantástico. O lo era. Vivía del oxígeno, como nosotros, pero lo descomponía principalmente en monóxido de carbono, bióxido de azufre y trióxido y bióxido de carbono. No digo que podía, quiero decir que tenía que hacerlo. Cuando se veía obligado a respirar lo que llamamos aire puro, podía tomar sólo cierta cantidad y, entonces, ir a procurarse unas cuantas inhalaciones de su propia atmósfera. Cuando era más joven podía pasar horas respirando oxígeno, pero a medida que pasaban los años tuvo que pasar más y más tiempo en el tipo de *smog* que podía respirar. Esas largas desapariciones tuyas, y la reclusión, no eran tan excéntricas como cree la gente.

Wheeler hizo un ademán hacia el cadáver.

—Pero... ¿Qué es? ¿De dónde...?

—No puedo responder a eso. Ahora sabe tanto como yo, a excepción de una buena cantidad de pormenores médicos y bioquímicos. Vino de alguna parte, de alguna forma. Vino, vio, empezó a moverse. Fíjese en esto.

Abrió el otro lado del tórax y, luego, levantó y separó el esternón. Se lo mostró. El tejido del pulmón no estaba dividido en las dos conocidas partes, sino que se continuaba a partir de la línea central.

—Un solo pulmón, a todo lo largo, pese a esos dos lóbulos. Los riñones y las glándulas sexuales muestran la misma fusión de derecha a izquierda.

—Aceptaré su palabra —dijo Wheeler con cierta aspereza—. ¿Qué es, maldita sea?

—Un bípedo sin plumas, como describió Platón una vez al *Homo sapiens*. No sé lo que es. Sólo sé que es, y pensé que usted debería saberlo. Eso es todo.

—Pero usted ya ha visto antes a uno. Eso es obvio.

—Claro, Epstein.

—¿Epstein?

—Así es. El viejo debía tener un intermediario, alguien que pudiese pasar muchas horas con él y muchas horas fuera, sin despertar sospechas. El viejo podía hacer muchas cosas por teléfono, pero no todo. Epstein era, digamos, un brazo derecho que podía mantener la respiración durante un poco más de tiempo. A la larga eso se volvió contra él, y murió.

—¿Por qué no dijo nada antes de esto?

—Lo primero que hay que tener en cuenta es que estimo mi propio pellejo. Podía decir reputación, pero pellejo es la palabra. Firmé un contrato como su médico particular porque él necesitaba un médico particular, era algo más de escaparate. Pero ejercí muy poco la medicina, a no ser por teléfono, y el noventa por ciento de las veces fue sólo..., lo comprendí muy recientemente..., por diversión. Supongo que hasta un médico puede ser un alma cándida. Me llamaban o uno u otro y me describían una serie de síntomas y yo, prudentemente, sugería y recetaba. Luego recibía otra llamada diciendo que el paciente mejoraba y ahí concluía todo. Hasta llegué a recibir muestras..., sangre, orina, heces..., y las analizaba y nunca me di cuenta que tenían el mismo origen, como lo que el forense comprobó y firmó.

—¿Qué quiere decir con lo del mismo origen?

Karl se encogió de hombros.

—Podía conseguir todo lo que quería... Todo.

—Entonces, ¿lo que el forense examinó no era...? —y señaló el ataúd con la mano.

—Por supuesto que no. Por eso tiene una puerta trasera el crematorio. Hay un truco de magia que se puede comprar por unos cuantos centavos y que funciona de la misma manera. Este cuerpo estaba dentro del horno. El duplicado, un doble salido de Dios sabe dónde, le juro que yo no lo sé, estaba tumbado allí fuera esperando al forense. La combustión empezó al apretar el botón y el otro ataúd se deslizó dentro empujando a éste afuera al tiempo que lo empapaba de agua según iba saliendo. Mientras estamos aquí hablando, el cuerpo humano está convirtiéndose en cenizas. Mis instrucciones privadas secretas, tanto para Epstein como para el jefe, eran esperar hasta estar seguros de encontrarme a solas y, entonces, entrar aquí una hora después y apretar el segundo botón, que llevaría a éste de vuelta al fuego. No tenía que hacer indagaciones, ni preguntas, ni pedir ninguna clase de información. Todo era muy lógico pero nada razonable, como tantas de sus órdenes. —Rompió inesperadamente a reír—. ¿Sabe usted por qué ni el viejo ni Epstein, por cierto, por si nunca se dio cuenta, no le estrechaban la mano a nadie?

—Supongo que obsesión por los microbios.

—Porque su temperatura corporal era superior a los cuarenta grados centígrados.

Wheeler se tocó una de las manos y no dijo nada.

Cuando Karl sintió que el silencio se hacía lo bastante denso, preguntó con viveza:

—Bueno, jefe, ¿qué hacemos ahora?

Cleveland Wheeler alzó la mirada lentamente del cadáver hacia Karl, como si apartar su mente de él le costara un esfuerzo.

—¿Cómo me ha llamado?

—Es una forma de hablar —dijo Karl, y sonrió—. Trabajo para la compañía, y ésta es usted. Estoy cumpliendo órdenes que estarán definitiva y totalmente cumplidas cuando apriete ese botón; no tengo otras. Así que, la verdad depende de usted.

La mirada de Wheeler volvió a posarse en el cadáver.

—¿Quiere decir... con él? ¿Es eso? ¿Qué debíamos hacer?

—Sí, eso. Sí, quemarlo del todo y olvidarlo, o convocar al consejo de administración y a una selección de científicos. O llamar a los periódicos y alarmar a todo bicho viviente. Eso es algo que hay que decidir, pero yo pensaba en un abanico más amplio de posibilidades.

—Como...

Karl hizo un ademán con la cabeza, señalando el ataúd.

—¿Qué era lo que estaba haciendo aquí? ¿Qué ha hecho? ¿Qué planeaba hacer?

—Será mejor que continúe —dijo Wheeler, y, por primera vez, dijo algo que, en cierto modo, sugería inseguridad en sí mismo—. Usted ha tenido tiempo para pensar en todo esto. Yo... —y extendió las manos, casi con impotencia.

—Puedo entender eso —dijo Karl con suavidad—. Hasta ahora, he ido contándolo todo como un conferenciante contratado y lo sé. No voy a turbarle con alusiones personales salvo para decir que ha absorbido usted todo esto con menos temblor de piernas que ningún otro en quien pudiera pensar.

—Ya temblaré cuando tenga tiempo. Ahora estoy buscando una manera de asimilar esto.

—De acuerdo. Bueno, hay una sencilla técnica que se aprende estudiando álgebra elemental. Tiene que ver con la construcción de gráficos. Se sitúa un punto dentro del gráfico y donde lo indiquen los datos conocidos. Se consigue más información, se sitúa otro punto y, luego, un tercero. Teniendo esos tres puntos..., cuantos más, mejor, claro, pero con tres basta..., se les puede unir y establecer una curva. Esta curva tiene determinadas características y es lícito prolongarla un poco más basándose en la suposición que se producirán datos ulteriores.

—Extrapolación.

—Extrapolación. Eje X, el destino de nuestro difunto jefe. Eje Y, el tiempo. La curva es su destino, o sea, su influencia.

—Un gráfico bastante amplio.

—A lo largo de treinta años.

—Sigue siendo muy amplio.

—De acuerdo —dijo Karl—. Ahora bien, a lo largo de estos mismos treinta años, hay otra curva; la transformación del medio ambiente. —Alzó una mano—. No voy a leerle un tratado ecológico. Seamos más objetivos. Digamos, sencillamente, alteraciones. Bien. Un mensurable aumento de la temperatura media por causa del anhídrido carbónico y el efecto invernadero. Tracemos la curva. Incidencia de metales pesados, mercurio y litio, en el tejido orgánico. Tracemos otra curva. Lo mismo con hidrocarburos clóricos, hipertrofia de las algas debida a los fosfatos, incidencia de coronarias... Muy bien, ahora superpongamos todas esas curvas en el mismo gráfico.

—Veo adonde quiere ir a parar. Pero debe tener cuidado con ese tipo de juegos estadísticos. Por ejemplo, el incremento de accidentes de tráfico coincide con el incremento en el uso de latas de aluminio e impermeables recubiertos de plástico.

—Cierto. No creo estar cayendo en eso. Sólo quiero encontrar explicaciones racionales a un par de, por otra parte, situaciones irracionales. Una es ésta: si las alteraciones acaecidas en nuestro planeta no son más que el resultado de una negligencia..., algo más o menos fortuito, la negligencia..., entonces, ¿cómo es que nadie está siendo negligente de modo que salga beneficiado el medio ambiente? Sorprendente, ¿no? Lo prometí, nada de lecciones de ecología. Repito: ¿cómo es que toda esa negligencia promueve una alteración y no una conservación?

»Siguiente pregunta: ¿a qué se encamina ese cambio? Supongo que habrá leído textos especulativos sobre el “terraformar”, alterar otros planetas con el fin de hacerlos habitables para seres humanos. ¿Puede imaginar que se esté intentando cambiar este planeta para que se acomode a algún otro ser? ¿Puede imaginar que necesiten más agua y que quieran derretir el casquete polar mediante el efecto invernadero? ¿O incrementar el nivel de óxidos de azufre, para eliminar ciertas formas marinas que van desde el plancton a las ballenas? ¿O reducir la población aumentando los índices de cáncer de pulmón, enfisemas, ataques cardíacos o, incluso, guerras?

Los dos hombres se sorprendieron mirando el rostro dormido del ataúd. Karl dijo con suavidad:

—Ya sabe a qué se dedicaba: sustancias petroquímicas, combustibles fósiles, alimentos procesados, publicidad, todo lo que ha producido alteraciones o ayudó a los alteradores.

—No estará culpándole de todo eso.

—Por supuesto que no. Encontró ayudantes voluntarios a millones.

—No pensará que intentaba alterar un planeta entero sólo para poder encontrarse cómodo en él.

—No, no lo pienso, y éste es el quid de la cuestión. No sé si habrá más como él o como Epstein, pero sí puedo suponer que, si prosiguen las alteraciones actuales, que además se aceleran, habrá que prepararse para recibirles.

—¿Qué le gustaría hacer, entonces? —dijo Wheeler—. ¿Movilizar al mundo contra el invasor?

—Nada parecido. Supongo que yo invertiría las alteraciones, lenta y silenciosamente. Si este planeta en estado normal es inadecuado para ellos, lo mantendría así. Y no creo que tuviesen que volverse. Lo que creo es que, sencillamente, no vendrían.

—O lo intentarían de alguna otra manera.

—Lo dudo —dijo Karl—, porque lo intentaron de ésta. Si hubiesen pensado que podrían haberlo hecho con flotas de naves espaciales y armas supermortíferas, ya estarían haciéndolo. No, ésta es su manera, y, si no funciona, lo intentarán en otro sitio.

Wheeler, pensativo, empezó a mordisquearse el labio.

—Lo único que se necesitaría —dijo Karl con suavidad— es a alguien que supiese lo que estaba haciendo, que tuviera la influencia suficiente y la habilidad necesaria para saberlas utilizar. Incluso podrían manipular vidas humanas para conseguir la clase de hombre requerida.

Antes que Wheeler pudiese contestar, Karl volvió a tomar el escalpelo.

—Quiero que haga algo por mí —dijo bruscamente y con un nuevo tono de voz, autoritario; el mismo de Wheeler, en realidad—. Quiero que lo haga porque ya lo hice yo, y maldita sea si quiero ser el único hombre del mundo que lo ha hecho.

Se apoyó en la parte superior del cofre y realizó una incisión de sien a sien, a lo largo de la línea del cabello. Luego, asegurando los codos en el borde de la caja y sujetándose una mano con otra, dirigió el escalpelo hacia abajo, recto, al centro de la frente y, más abajo, hasta la nariz, dividiéndola exactamente en dos. Continuó por los labios superior e inferior y a lo largo de la punta del mentón llegando hasta la garganta. Luego se incorporó.

—Coloque las manos sobre sus mejillas —ordenó.

Wheeler frunció fugazmente el entrecejo (¿cuánto hacía que nadie le hablaba así?), vaciló y, a continuación, obedeció.

—Al mismo tiempo, tire hacia abajo con las dos manos.

La incisión se ensanchó con la presión y, luego, de improvisto, la carne cedió y se soltó toda la piel del rostro. La inesperada falta de resistencia llevó las manos de Wheeler al fondo del ataúd, con lo que se encontró cara a cara a pocos centímetros del cadáver.

Al igual que los pulmones y los riñones, los ojos —¿ojos?— excedían de la media, ligeramente reducidos en el centro. La pupila era ovalada, un largo eje transversal. La piel era de espliego descolorido con vasos amarillos y, en lugar de nariz, había un agujero orlado por filamentos. La boca era circular, los dientes no estaban situados de forma radial. Tenía poca barbilla.

Wheeler cerró los ojos, sin moverse; los mantuvo cerrados durante un segundo o dos y, luego, los abrió de nuevo resueltamente. Karl rodeó con rapidez el extremo del ataúd y pasó un brazo bajo el pecho de Wheeler. Wheeler se apoyó con fuerza un momento, se incorporó rápidamente y le apartó el brazo de un empujón.

—No tenía por qué haber hecho esto.

—Sí tenía por qué —dijo Karl—. ¿A usted le gustaría ser el único hombre del mundo que lo ha padecido, sin tener a nadie a quien poder contárselo?

Finalmente, Wheeler pudo reírse.

—Apriete ese botón —dijo, cuando terminó de reír.

—Páseme la tapa.

Cleveland Wheeler acercó la tapa del ataúd con docilidad absoluta, y la colocaron entre los dos.

Karl apretó el botón y ambos contemplaron cómo se deslizaba el ataúd hasta el recuadro en llamas. Luego se marcharon de allí.

Joe Trilling tenía una curiosa forma de ganarse la vida. Era una buena forma de vivir pero, desde luego, no ganaba tanto como habría ganado de vivir en la ciudad. De hecho, vivía en las montañas, a casi un kilómetro de distancia de una pintoresca aldea, rodeado de aire puro y bosques de pinos y abedules además de abundante laurel silvestre, y era su propio jefe. No había mucha competencia en lo que hacía.

Lo que hacía era fabricar maniqués anatómicos, principalmente para las fuerzas armadas, aunque tenía muchos encargos de facultades de medicina, de productores cinematográficos y algún que otro particular, sin hacer preguntas. Podía fabricar un modelo de cualquier órgano interno, añadido a un cuerpo o a cualquier parte del mismo o penetrando en él. Podía fabricar modelos para ser mirados, para ser percibidos, oídos y palpados. Podía proporcionarte una hedionda gangrena o una tiroides húmeda salpicada con sangre de verdad. Podía fabricar un ejemplar único o presentar una producción en serie. El doctor Joe Trilling era, en una palabra, el mejor que había en lo que hacía.

—Lo definitivo —le dijo Karl (en circunstancias mucho más relajadas que las precedentes: de día, y con cerveza)—, lo realmente definitivo fue la parte de la cara. Dios, Joe, hiciste un trabajo espléndido.

—Sólo tuercas y tornillos. Lo espléndido fue tu idea de hacer que le pusiera las manos encima.

—¿Qué quieres decir?

—He estado dándole vueltas —dijo Joe—. Creo que ni tú mismo te das cuenta de lo genial que fue ese detalle. Lo de montarle el número al tipo está muy bien, pero hacerle poner las manos encima además de los ojos y el cerebro... Eso fue un golpe genial. Es como..., mira, recuerdo perfectamente una vez que, siendo niño, volvía de la escuela y apoyé la mano en la baranda de una empalizada donde alguien había escupido. —Abrió la mano y la sacudí—. El recuerdo de aquella impresión ha permanecido durante todos estos años. No he podido quitármelo de encima en todo ese tiempo; no me lo han quitado todos los restregones que me di. Es algo más que cerebral o psicológico, Karl, algo más que el mecanismo mnemotécnico en las mismas células, especialmente en las manos, que puede ser evocado. Lo que quiero decir es que, sin importar cuanto tiempo viva, Cleve Wheeler sentirá esa piel resbalando bajo las palmas de sus manos, y eso le enfrentará cada vez con ese rostro. No, tú eres el genio, no yo.

—¡Bah! Tú sabías lo que estabas haciendo. Yo no.

—Seguro que tú no.

Joe se recostó en la silla, tanto que no podía alcanzar su cerveza, y miró al sol a través de ella, desde abajo. Contemplando la cada vez más distante perspectiva de las burbujas (porque se expanden al ascender), murmuró:

—¿Karl?

—¿Sí?

—¿Has oído hablar de la navaja de Occam?

—Sí. Hace mucho. Es un principio filosófico. O lógico o algo así. Veamos. Dado un efecto y una opción de posibles causas, la más simple es la que tiene más probabilidades de ser cierta. ¿Es eso?

—No muy fiel, pero bastante exacto —dijo Joe Trilling con pereza—. Bien. Tú eras quien solía proclamar que la lógica se basta a sí misma y no tiene nada que ver con la verdad.

—Aún lo proclamo.

—Conforme. Ahora bien, tú y yo sabemos que la codicia humana y la negligencia se bastan a sí mismas para destruir este planeta. Nosotros pensábamos que eso no era suficiente para los tipos como Cleve Wheeler, que son los que pueden hacer algo respecto a ello, así que le fabricamos un extraterrestre que respiraba *smog*. Quiero decir que, con nuestras razones, él no habría hecho nada por salvar al mundo, así que le proporcionamos una razón propia. Sacada de nuestras cabezas.

—Dictada por los factores disponibles. Sí. ¿Adónde quieres ir a parar, Joe?

—Oh, sólo a que nuestro complicado montaje resulta ser de lo más simple, en el sentido que lo redujo todo a una sola causa. La navaja de Occam corta las cosas reduciéndolo todo a causas más simples. Las causas sencillas tienen más probabilidades de ser las reales.

Karl dejó la cerveza de un golpe encima de la mesa.

—Jamás pensé en eso. He estado demasiado ocupado para pensar en ello. ¿Imagínate que tuviéramos razón?

Se miraron el uno al otro, inquietos.

Finalmente, Karl habló:

—¿Qué debemos esperar ahora, Joe..., naves espaciales?

FIN

Libros Tauro